

mente moderno no aspira a decir, sino a ser, obteniendo ese resultado paradójico del no ser, la nada de las desapariciones.

Si se examina esta lógica a la luz de algunas filosofías religiosas orientales, se obtiene un esbozo de aspiración a cierta mística negativa, afirmadora del vacío y contemplativa de un mundo sin sentidos fijos ni realidad última. Pero el hombre occidental no puede sino referirse a un Dios único, creador y personal, sea para afirmarlo o para negarlo, en una suerte de ineluctable monoteísmo.

La vida, el objeto artístico, la imposible y paródica religión occidental del vacío y el sinsentido, los intentos significantes del lenguaje, la fugaz unidad de los cuerpos en el coito, todo ello remite a una presencia evanescente e inevitable. La Novia de Duchamp es esta promesa infinita y decepcionante de ser. La estamos desnudando y persiguiendo desde hace años, pero ella nos gana siempre la delantera y hay otro velo debajo del velo que cae. No termina de desnudarse, de revelarse, no acaba de elegir entre los solteros que nunca llegaremos a desposarla.

Blas Matamoro

Carlos Edmundo de Ory, «entre la locura y el sueño»¹

Mi propia pena con mi risa insulto
(Espronceda)

En un desierto inmenso ebrio de ira
(C.E. de Ory)

Creo que la crítica literaria no ha reparado aún suficientemente en la importancia de este poeta, que tiene la originalidad fundamental y simple de ser sincero.

La poesía de Carlos Edmundo de Ory, trata siempre de «decir» algo, de expresar sentimientos —algo tan sencillo y tan extraño hoy día—. No es un preciosismo narcisista, ensimismado, sino un atentado directo al corazón, huella aguda y penetrante, de pulso vital y humano. Más aún que sentimiento, su poesía parece el redescubrimiento

¹ «Entre la locura y el sueño» es el título de un poema de C. E. de Ory, recogido en *Energeia*, p. 183.

de la Pasión, en «vómitos de sinceridad»: impulso pánico. («¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Locura!/Veó las cosas como son realmente.»)

El primer paso importante para la difusión de su obra lo constituyó aquella antología que Félix Grande, con gusto y compenetración de amigo, realizara hace ya un tiempo, en una época en que Ory se horrorizaba —escribe— de sentirse tan desconocido².

Posteriormente, apareció *Metanoia*³, cuyo criterio de elaboración ha sido la ordenación lineal, independiente de los grupos o ciclos en que Ory organizara su obra. El valor de esta edición reside en la datación precisa y localización de poemas dispersos que aparecieron a lo largo de treinta años en revistas o antologías. Reconstrucción de un itinerario vital. Posiblemente éste es también su defecto —además de la interpretación de Cózar, en la introducción, de la cual difiero—, pues cada libro de Ory es una palabra toda, un poema completo que recoge variantes entrecortadas de una misma sola pulsión anímica.

Después, *Energeia*⁴, edición preparada por el autor, que plantea a cambio otro problema: su autocrítica ha sido quizás excesiva, y se han omitido muchos poemas de sus últimos libros, que son posiblemente los mejores. La selección de sus libros *Técnica y llanto*, o *Lee sin temor*, o el inédito *Miserable ternura* de esta antología, es en mi opinión demasiado exigua, en relación a la calidad de sus versos.

Finalmente, la aparición de *La flauta prohibida*⁵, creo puede considerarse la consagración definitiva de este autor, y uno de los más vibrantes y valiosos libros de poemas que han aparecido en el yermo panorama de nuestra literatura.

Magnífico dolor

La poesía de Ory nace siempre de una experiencia personal. Siempre el yo del poeta ostenta un sentimiento, un rasgo de fuerza, de decepción, amargura, ironía, rabia, burla o risa.

Constituye la logomaquia de una poesía-diario. De hecho, los fragmentos publicados de su *Diario*, parecen continuarse en los acontecimientos vitales de sus versos⁶.

² Poesía (1945-69). Edición de Félix Grande. Edhasa. Barcelona, 1970. Esta edición es fundamental para el estudio de Ory.

³ Metanoia. Edición de Rafael de Cózar. Cátedra Ed. Madrid, 1978.

Aunque en muchos aspectos es una obra valiosa, que surge además del conocimiento exhaustivo del tema, rastreo de textos, y conversaciones con el autor, este libro está precedido de un estudio de R. de Cózar, que, aunque interesante, creo puede falsear la imagen de Ory, al tratar de aproximar excesivamente su poesía a Oriente. La cultura oriental, que en efecto aparece en diversos poemas últimos de Ory, creo está en las antípodas de su concepción personalista y vitalista, que repudiaría a buen seguro la anulación del yo. Se trata, por tanto, de un aspecto episódico que Cózar hipertrofia un tanto, aun cuando su estudio resulta clarificador en otros aspectos. (Cito esta obra por (M).)

⁴ Energeia (Poesía 1940-77). Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1978. (Cito esta obra por (EN).)

⁵ La flauta prohibida. Col. «Guernica», 22. Ed. Zero Zyx. Madrid, 1979.

Posiblemente el mejor libro de Ory, aunque contiene poemas que ya se recogían en (M). En este trabajo no se contienen citas de esta obra porque no significa una variante importante dentro de las coordenadas básicas de su temario poético. (Con excepción de los matices políticos, más claros y evidentes en esta obra.)

⁶ Diario I. Ocnos. Barcelona, 1975.

Configurado como un personaje literario, los avatares afectivos del autor, se siguen sin dificultad entre las líneas. Esto le confiere gran parte de su vitalidad dionisiaca, de su pasionalismo fogoso.

Detrás, se patentiza el yo de un «ser puro, ser entrañable puro», que es el hombre cabal soñado por el poeta, el diseño ideal y vivo de la propia persona. Hombre con los nervios a flor de piel, sublime grandeza de un luchador de cuerpo débil —poesía ojerosa, demacrada, poesía de piel blanca y venas azules— y fortaleza de sentimientos, debatiéndose constante consigo mismo.

En el autobiografismo poético de un diario que no es sentimental —cansino y enrarecido— sino expresionista —agresivo y tierno—, se refleja con patetismo e ironía heridas sobre una piel desprevenida: el vagabundeo afectivo de un poeta-clochard, los altibajos vitales de un vagabundo errante («poesía verdadera eres errante»). Poesía tan desigual como los días, en versos peculiares, que, sobre todo en *La flauta prohibida*, alcanzan una tensa emoción.

La experiencia fundamental de que parte puede ser el dolor («toda gran poesía/es fruto del sufrimiento»). Pero no una poesía blanda y quejumbrosa. Es un dolor magnífico, nietzscheano, el suyo («he dicho en voz sola cosas altas de dolor»), lamento irónico y orgulloso («sufrir, es decir, ser digno»). Tristeza que detesta la melancolía. Pureza íntegra de espíritu.

Este es su gran tema («el dolor es la única fuente») que confiere a su obra una ternura próxima a Vallejo («mi gemelo lobo»). Dolor diabólico, ácido en el centro del pecho. («Empezaré a ser perfecto, puede, cuando comience a escribir sangre», escribe en su *Diario*.) Dolor en soledad («Honda tristeza, soledad inmensa, furia»). Dolor de soledad («no te ha querido nadie, era todo un sueño»).

Es el tema del hombre insatisfecho con la vida ridícula. Exilado interior («No soy de este mundo») que desprecia todo lo que los hombres persiguen. Es la actitud del marginal, del vagabundo que lo ha perdido todo, y disfruta de su desprendimiento, libre de otro compromiso que la vida.

El mundo sensual y vital, lo pone en el lugar más alto. Su único fin es quemarse en la experiencia, en el «cansancio del placer» («camina y que el cansancio te llene de plumas»).

Los fragmentos del *Diario*, que corresponden al año 1953, recogen las impresiones angustiosas de una crisis espiritual intensa. La decisión del exilio, y de matarse con la vida. «Soy de los que luchan» (D,203). El momento en que escribe: «Hace muchos años que sé que soy de la raza de los errantes» (ib.; cfr. tb. D,281)⁷.

Desde las páginas del *Diario*, fechadas en 1952 («... ¡Existir! ¡Oh palabra tremenda!, p. 164), hasta los poemas fechados en Amiens en 1972 (M,286), hay esta constante exaltación del tema.

A través de él, la preocupación central: el hombre:

Vestido de transeúnte hermanos míos
no veis mi carne sino a ratos cuando

⁷ Cfr. tb. (D,164; D,170; D,178; D,202; EN,183).

os doy la mano os doy la cara os dejo
mi limitada cantidad de habla
sobre el único tema el hombre a secas
(...).

(EN,132; Madrid, 1952)

Dolor que se yergue potente en grito:

(...)
Y sin embargo quiero gritar
viva la miel
del odio en que me encuentro empalagado.
Viva el maltrecho amor viva mi traje
de dos ojos dos pies y el débil hilo
de la vida con mangas de cansancio.

(EN,132)

Dolor de la desolación:

Nadie viena nadie viene nadie viene.
He dicho en voz sola cosas altas de dolor
donde hablaba de bajar en la noche a besar barcos
y me encuentro en una negra habitación de silencio
comprendiendo lo ridículo que es pensar en el sol.
Otros como yo mismo sufren heridas de daños
y fuman cigarrillos y resisten sin dormir.
(...).

(EN,189)

El tono de esta desolación abismante adquiere con el tiempo en la poesía de Ory un rasgo más potente de rabia, de ira apenas contenida, que aboca a la irónica mordacidad de algunos poemas de *La flauta prohibida*.

En todo caso, el sentimiento del dolor se acusa como una necesidad del hombre en su lucha, en el decurso vital, y debe aceptarse con la cabeza erguida, y como fuente de energía.

Ory nos entrega así un poema rebelde, inconformista, vital y tierno, disperso en los diferentes registros de una misma voz que late en su adentro. Lamento viril e irónico, humano y agrio. Magnánima protesta de luchador.

Declara: «Yo el poeta de ojos sexuales/nihilista nato jefe de la ternura.»(M,224).

El dolor como bandera de rebeldía, que aboca al amor:

Llantos despavoridos
Que el dolor sea un prelude del dolor
Que el dolor y el llorar sean un prelude del coito
(...).

(EN,120)

La burla goliardesca

Es en este punto donde la poesía de Ory nos hace muecas. Recrearse en los sentimientos del digno sufrir humano, del desprecio, la pobreza, del dolor, no le lleva a cejar sino a tensar el pulso, mano a mano con un entorno sobre el cual el hombre trata de levantar cabeza, erguirse sobre la medianía de la sociedad que le sepulta.

Esta burla llega a la grosería ostensible (EN,137-8) en poemas como «Oxymoron de la angustia». El mismo se confiesa «lo mismo sublime que grosero» (FL,97). Vocablos prohibidos, malsonantes y malolientes se bañan en el verso, arropados entre metáforas de gran belleza. En una suerte de contraste que exhibe el claroscuro expresionista que cifra la vida del hombre.

Ory se considera destructivo y satánico, en la propia imagen que de sí mismo nos arroja en el poema. («Poseo el sentido cósmico de la destrucción», D,176.)

En abundantes textos, se confiesa nihilista: «No creo en nada, ni en el aire que respiro», escribe en 1954 (D,241), y declara su asco del mundo.

Precisamente en el *Diario* se recoge un texto antiguo, de esta época de crisis vital (1954), que contribuye a esclarecer su concepción de la poesía y la vida:

Estoy decidido a dejar de hacer poesía como un molino hace harina.

El gran poeta de hoy no debe demostrar que es poeta. El poeta romántico todavía tiene la presunción de que el mundo aguardaba boquiabierto sus fervores. Hoy, a esta altura de justa relatividad, sabemos que este bache tiene y debe y puede ser superado. Las agonías interiores, o mejor dicho privadas, son tan sintomáticas como las masturbaciones. Ni siquiera, señores, tengo bastante con la *expresión*. Y para decirlo sin miedo: no tengo bastante con nada, porque *no tengo nada*. Así pues, he dejado atrás, como un cadáver en medio de la carretera, el *nihilismo*. Si acaso queda algo, queda el idiota que me pregunta: —¿por qué no se mata usted?

Señores, la contestación es nula y vana. No estoy desesperado. Otro, un poco menos idiota, me preguntará a su vez: —Vamos, ¿usted cree en la inteligencia!

Pero no; no creo en la inteligencia tampoco.

Me preguntará, sobreencima: —¿Cree en la conciencia!

Tendré que decir: Querido, de una vez por todas, *no creo en lo que veo*.

De aquí se saca que si creo en algo es en la oscuridad.

(D,235-6)

Ory gusta de la autodefinitión. Su poesía es una continua autoconfesión, en el sentido más elevado del término. Declaración a gritos de su inconformismo vital contra todo lo que no sea la vida.

Se considera poeta maldito. Interno, íntimo romántico (M,182). Ha vivido siempre «como un animal romántico sin conocer el sentimiento de patria, el sentimiento de familia ni el sentimiento de profesión» (D,251). Se refiere a sí mismo como perverso (D,259). Como adolescente, siempre en busca. («... Porque la busca es lo único que mueve al adolescente eterno, es decir, él es deseo infinito. Busca en todo. No encuentra en nada.» (D,270). Como un «desesperado/de una ignorancia inmensa» (M,234).

Su escritura surge de este sentimiento de peculiaridad, de alejamiento respecto a lo establecido, a lo usual:

Cada palabra mía es como una naranja.
 Yo mismo soy un fruto lunar y nadie sabe
 hincar los dientes en mi tez sanguínea.
 Todos me temen como a un bicho raro.
 Lavado estoy de espuma y de lavanda.
 De noche cambio de figura en fuego blanco.
 Ten cuidado de amarme porque tengo
 una butaca de monarca en otro mundo.

(EN,193)

Poesía errante, de un viajero sentimental, clochard eterno. («Entonces me di cuenta que yo tenía que/cuidar de mi alma y me puse a viajar.») (EN,198). («No puedo estar-me quieto es mi destino.») (M,227).

Poesía que surge de la sinceridad. («La sinceridad es el origen del genio.») (D,303). («Los vómitos de sinceridad son buenos para el alma.») (D,331).

Poesía de pesa-nervios a la manera de Artaud. Poesía de nervios afilados, a punto de restallar. («Ni un amor de mujer que coloque mantel/Ni quien peine mis nervios de puerco espín nervioso.») (M,250). («Como estatuas de lluvia con los nervios azules» (del poema «Los amantes».) (M,256).

Ortografía ebria

La poesía de Ory es una burla goliardesca con el lenguaje, la risa amplia y comprensiva de un gran bromista, para compensar el sinsabor de lo cotidiano. («Lo mismo soy sublime que grosero/dramaturgo del llanto y de la risa.») (FL,97).

Su poesía transcurre desde un surrealismo bello y divertido, que él llama postismo, a un vitalismo expresionista a veces áspero. A veces, el tono expresionista, deja el legado de una impresión estética:

TRAKLIANA-ORYANA

Sangro en silencio y el silencio sangra
 lo callado oye mudo su pisada
 ¿Me llama el miedo desde el bosque negro?
 Bebo azul en un vuelo
 Y lobos vivos.
 Al borde de mi boca las rosas de la ausencia.
 Cansancio de cristal sudor de sueños.
 El rostro blanco veo quieto y
 bañado de la voz lejana narra.

(En,171)

Invocación a la locura, siguiendo la antigua veneración de Rimbaud, o de los iluminados. («Vén locura ven locura a mis pupilas.») (M,195).

Su poesía constituye a veces una serie encadenada de soliloquios abstrusos, enloquecidos, que comunican siempre en una conversación delirante de palabras rotas por el dolor y por la risa, un sentimiento sincero de verdad profunda y humana.

De aquí resulta un verso paranoico, una «ortografía ebria», escrita por quien sufre la enfermedad de la poesía. Poesía de exaltación en el punto máximo de ebriedad afectiva:

El elixir de mis borracheras poéticas
es el anhelo que proviene de lo más íntimo.
(M,253)

Ebrio hechizado loco a las puertas del morbo
grandiosa la pasión espero el turno fálico.
(M,255)

¿No te das cuenta de tu propia exaltación? ¡Espera!
¡Colúmpiate en tus sentidos y no tengas miedo de llegar
al punto límite de la ebriedad! ¡Necesito mi cuerpo de
mujer! ¡Yo ya no puedo conmigo! ...
(D,181)

Lo dionisiaco en el punto límite de posibilidad afectiva. Poesía que exhorta al hombre, henchida de sentimiento, pletórica de pasión. En esta exaltación pasional, mística de los sentidos, se supera el sentimiento del dolor:

Y ebrios de fandango y humedad
somos hombres y hemos acabado de llorar.
(EN,95)

El áspero aliento de la poesía

La concepción que Ory tiene de la poesía puede casi deducirse de todo lo que se ha apuntado antes, en estrecho contacto con su propio texto.

La poesía, como el arte, es una ilusión —etimología, «ludere», jugar—, pero también como fascinación, como vital, como experiencia:

Por lo demás, cómo el arte dejaría nunca de ser ilusión, palabra cuya etimología latina arranca de *ludere*, es decir, jugar. La poesía por sí misma ha de considerarse como juego de niño con el mundo. Por eso también es hechizo, *fascinum* (...). Y siempre que alcanza resonancia es porque emana de una persona (...). Se hizo una religión *personal* de la poesía.

(EN,17) (Introducc.)

Fascinación lúdica, que debe surgir *siempre* de una pulsión vital, de un acontecimiento personal. («No hay poesía sin experiencia. No hay poetas jóvenes. La poesía es una operación del amor.») (D,218).

Los pensamientos poéticos de su *Diario* declaran con claridad absoluta que «La única realidad es la vida» (D,233). «Todo es lo *vital*.»

Posiblemente esta tensión existencial de época, que corresponde a su concepción de la poesía como una «exclamación sobre el abismo» (D,103) (año 1951), es mitigada por el tono de su poesía posterior, que va de la serenidad ante la belleza griega («Espacio griego.») (FL,55-65), al odio y al encrespase de su rebeldía en el vagabundeo de la ciudad ajena («El Rey de las ruinas») (FL,65-101), a la burla y la guasa («Prólogo a un plato de lentejas») (FL,101-139), aunque siempre dentro de la exaltación pasional («Todo es

una gota de fuego.» (FL,139-157). Sin embargo, su poesía surge de aquella idea que figura en la introducción de *Energeia*:

Otra vez el impecable hechicero evocado nos recordará lo que somos: «Somos un sentimiento, un darse cuenta encajonado aquí» (...) (en la poesía). Hay que detener los procesos intelectuales y dejarse llevar por el impulso pánico.

(EN,19)

Ory confiesa su pasión por lo inmediato, y a la Naturaleza como objeto sagrado (D,234), reafirmando que la poesía surge de la experiencia. Toda la gran poesía —escribe— es fruto del sufrimiento (M;263).

Poesía que es burla con el lenguaje, en las palabras rotas de la página (EN,209ss, EN,215). Poema delirio (EN,217ss). Poema risa (EN,222).

POETA incomprensible que concuerda palabras alógico bufón de lúdico linaje.

(EN,219)

Poesía en busca de la pureza. («Que leas mi poesía con los pies descalzos.») (EN,151). («... ser puro, se entrañablemente puro») (D,335).

Poesía que surge del amor. («Amando las palabras/como mujeres.») (EN,181).

El amor, el cuerpo, es la bandera de la protesta alta de su poesía. En él concentra toda la ternura, la furia, el deseo de hombre. («La estupenda lujuria como nácar.») (M,284). («Que desde estás a mi ladito/a Dios se le cae la baba.») (EN,173).

Esta proximidad a lo real, a lo cotidiano, confiere además una originalidad peculiar al tratamiento poético de este tema. El lenguaje resulta directo, con metáforas sacadas de la vida ordinaria, en detallismo material y concreto, que producen la impresión de sorpresa en el curso del poema, como una llamada de atención de gran expresividad:

Aquí quedo encerrado en mi cama sin labios.

(M,250)

...

Apéate del bello tren del bosque
y bésame la boca con tu lengua sin pijama.

(M,224)

Y yo mero debajo de mi axila
un tremendo sudor de ser feliz.

(M,184)

Y tu madre se mete en la cocina
para inventar pasteles (...)

(M,214)

En el tema amoroso, la intensidad de los detalles cotidianos, se eleva así a rango poético. El amor que profesa Ory en su poesía, posee la calidez de lo inmediato, la ternura de lo próximo, el aliento palpable de lo vivo y lo verdadero:

Estas palabras secas te amo
Dichas y falsas como espuma
que yo caliente con el paladar (...).

(EN,110)

(...)
 Y entonces de quietud y roce puro
 tu mirada me vence llena de aguas
 y tu silencio femenino me arde (...).

(M,226)

(...)
 y duerme como un vaso en la bandeja
 de tu vientre mi enorme corazón.

(M,227)

Estos breves motivos tomados de lo cotidiano, condensan un sentimiento, y nos aproximan con realismo poético a la situación del autor. A partir de un detalle transfigurado por su pasión o su tristeza, por el delirio o la locura poética de sus ojos extraviados que parecen contemplarlo como salidos de órbita, en plena ebriedad afectiva con la que se dirige a la amada para cantarle: «tus ojos son el alcohol de mi mirada».

Es así como de esta anotación surge la pulsión del rasgo, el destello magnético, la tensión sorpresiva instantánea con el lector que acaba haciéndose cómplice de esta ebriedad vital.

La poesía toda de Carlos Edmundo de Ory parece siempre insistir acerca de una misma idea. Abrazarse a la vida. La salvación máxima reside en el sentimiento. A través de la voz del hombre, en el temblor que acoge la furia y la ternura, la rabia y el amor, su obra toda significa el reencuentro de la Poesía con la Pasión.

Carlos Edmundo de Ory se autocalifica así, justamente, como «andaluz de fuego». Y, con cierto orgullo, exclama:

En mi poesía no hay fines
 para entretener o sonar
 con palabras cadavéricas.
 En mi poesía hay fulgor.

(EN,)

Diego Martínez Torrón

